

EL GOZO NACIDO EN BELÉN

NO. 1026

**SERMÓN PREDICADO
LA MAÑANA DEL DOMINGO 24 DE DICIEMBRE DE 1871,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Mas el ángel les dijo: No temáis, porque he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo que serán para todo el pueblo; porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Y esto os servirá de señal: hallaréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.”
Lucas 2:10,11 y 12 (La Biblia de las Américas)***

No tenemos un respeto supersticioso por los tiempos y las estaciones. Ciertamente no creemos en la presente disposición eclesiástica llamada *Navidad*; primero, porque de ninguna manera creemos en la *misa*, sino que la aborrecemos, ya sea hablada o cantada en latín o en inglés. Y en segundo lugar, porque no encontramos ninguna base en la Escritura para guardar algún día como el del nacimiento del Salvador.

Y entonces, como no es por autoridad divina, su observancia es una superstición. La superstición ha fijado de la manera más concluyente el día del nacimiento de nuestro Salvador, aunque no exista la posibilidad de descubrir cuándo ocurrió realmente.

Fabricio nos da un catálogo de 136 diferentes opiniones de eruditos sobre el asunto. Y diferentes teólogos inventan diversos argumentos de peso para abogar por una fecha en cada mes del año.

No fue sino hasta mediados del siglo tercero que una parte de la iglesia celebró la natividad de nuestro Señor; y no fue sino mucho tiempo después que la iglesia de occidente había puesto el ejemplo, que la iglesia oriental adoptó esa celebración. Puesto que el día es desconocido, la superstición lo ha determinado. A pesar de que el día de la *muerte* de nuestro Salvador podría determinarse con mucha seguridad, la superstición mueve la fecha de su observancia cada año. ¿Acaso existe un método en la locura de los supersticiosos? Probablemente los días santos fueron establecidos para ajustarse a los festivales paganos. Nos aventuramos a afirmar que si hay algún día del año del cual podemos estar muy seguros que *no* fue el día en que nació el Salvador, es el veinticinco de diciembre.

Sin embargo, como la corriente de los pensamientos de la gente ya está encauzada por ese camino y yo no veo ningún mal en esa corriente en sí misma, orientaré la barca de nuestro sermón hacia esta corriente y haré uso de ese hecho, que no voy a justificar ni condenar, intentando conducir los pensamientos de ustedes en la misma dirección.

Puesto que es legítimo y digno de elogio meditar en la encarnación del Señor en cualquier día del año, no está en el poder de las supersticiones de otros hombres, convertir tal meditación en impropia el día de hoy. En-

tonces, sin importar el día, demos gracias a Dios por el don de Su Hijo amado.

En nuestro texto tenemos ante nosotros el sermón del primer evangelista bajo la dispensación del Evangelio. Ese predicador era un ángel, y convino que así fuera, pues el más grandioso y último de todos los Evangelios será proclamado por un ángel, cuando se toque la trompeta de la resurrección y los hijos de la regeneración se levanten en la plenitud de su gozo. La nota esencial de este Evangelio angélico es el gozo: “No temáis, porque he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo.”

La naturaleza teme en la presencia de Dios; los pastores estaban tremendamente atemorizados. La propia ley servía para ahondar este sentimiento natural de desánimo; viendo que los hombres eran pecadores, y que la ley vino al mundo para revelar el pecado, su tendencia era hacer que los hombres temieran y temblaran bajo cada revelación divina. Los judíos creían unánimemente que, cualquier hombre que contemplara apariciones supernaturales, seguramente moriría, de tal forma que lo que la naturaleza dictaba, la ley y las creencias generales de aquellos que estaban bajo la ley también lo estimulaban.

Pero la primera palabra del Evangelio terminó con todo esto, porque el evangelista angélico dijo: “No temáis, porque he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo.” A partir de ese momento no debe ser una cosa terrible para el hombre acercarse a su Hacedor. El hombre redimido no debe temer cuando Dios descubre el velo del esplendor de Su majestad, pues Él ya no aparece como un juez sobre Su trono de terror, sino como un Padre confiable en sagrada familiaridad con Sus propios hijos amados.

El gozo del que este primer predicador habló no era insignificante, pues dijo: “os traigo buenas nuevas”; eso en sí era gozo, y no solamente buenas nuevas de gozo, sino “buenas nuevas de *gran gozo*.” Cada palabra es enfática, como para mostrar que el Evangelio está dirigido, sobre todas las cosas, a promover y a crear sobreabundantemente el gozo más grande posible en el corazón humano en donde es recibido.

El hombre es como un arpa que tiene sus cuerdas desajustadas y por ello, la música de las cuerdas vivas de su alma es discordante, toda su naturaleza gime de dolor. Pero el Hijo de David, ese poderoso arpista, ha venido a restaurar la armonía de la humanidad, y allí donde Sus dedos graciosos se mueven entre las cuerdas, el toque de los dedos de un Dios encarnado produce una música dulce como la de las esferas, una rica melodía como el cántico de un serafín. Quiera Dios que todos los hombres sientan esa mano divina.

Al intentar abrir este discurso angélico el día de hoy, haremos un comentario sobre tres cosas: *el gozo del que se habla*. En seguida, *las personas a quienes viene ese gozo*. Y luego, en tercer lugar, *la señal*, la cual es para nosotros como lo fue para esos pastores, una señal del nacimiento y fuente de gozo.

I. Primero, entonces, consideramos EL GOZO, que es mencionado en nuestro texto: ¿de dónde viene, y qué es?

Ya hemos dicho que es un “*gran gozo*”; “buenas nuevas de gran gozo.” El gozo de la tierra es pequeño, su júbilo es trivial, pero el cielo nos ha enviado un gozo inmensurable, apropiado para mentes inmortales. Ya que no se agrega ninguna nota sobre el tiempo, y no hay ninguna indicación de que el mensaje alguna vez será revocado, podemos decir que es un gozo *perdurable*, un gozo que resonará a través de las edades, cuyos ecos se escucharán hasta que la trompeta traiga la resurrección. Sí, y posteriormente, por siempre y para siempre.

Pues cuando Dios envió al ángel en su esplendor para anunciar, “os traigo buenas nuevas de gran gozo que serán para todo el pueblo,” Él también dijo, “Desde ahora y para siempre habrá gozo para los hijos de los hombres. Habrá paz para la raza humana, y buena voluntad hacia los hombres por siempre y para siempre, mientras se dé gloria a Dios en las alturas.” ¡Oh bendito pensamiento! La Estrella de Belén nunca se ocultará. Jesús, el más hermoso entre diez mil, el más amable entre los bellos, es un gozo para siempre.

Puesto que este gozo está expresamente asociado con la gloria de Dios, por las palabras, “Gloria a Dios en las alturas,” podemos estar convencidos que es un gozo *puro y santo*. Ningún otro gozo podría haber sido proclamado por un ángel, y, ciertamente, ningún otro gozo es gozo.

El vino obtenido de las uvas de Sodoma puede burbujear y ser espumoso, pero al final es amargura, y su sedimento es muerte. Sólo el que proviene de los racimos de Escol es el verdadero vino del reino, que hace feliz al corazón de Dios y del hombre. El gozo santo es el gozo del cielo, y ese gozo, pueden estar seguros, es la verdadera crema del gozo. El gozo del pecado es una fuente de fuego, que tiene su origen en el ardiente suelo del infierno, que enloquece y consume a aquellos que beben su agua ardiente. De tales deleites no deseamos beber.

Ser feliz en el pecado es peor que estar condenado, pues el principio de la gracia hace que una persona se sienta miserable en el pecado, y la consumación de la gracia es haber escapado completamente del pecado, y estremecerse aun al pensar en él. Es un infierno vivir en pecado y en miseria, y es caer aún más bajo todavía cuando los hombres pueden derivar gozo del pecado. ¡Dios nos libre de una paz impura y de un gozo impío! El gozo anunciado por el ángel de la natividad es muy puro y duradero, muy santo y muy grande. Debemos creer siempre, en lo que concierne a la religión cristiana, que tiene gozo en sí misma y que celebra sus fiestas dentro de sus propios recintos puros, una fiesta en la que todos sus manjares delicados crecen en suelo santo.

Hay quienes mañana pretenderán exhibir gozo al recordar el nacimiento de nuestro Salvador, pero no buscarán su placer en el Salvador: necesitarán muchas adiciones a la fiesta antes que puedan estar satisfechos. El gozo en Emmanuel sería un pobre tipo de alegría para ellos. En este país, demasiado a menudo, si uno no estuviera consciente del nombre, uno podría creer que el festival de la Navidad es una fiesta de Baco o de Ceres, ciertamente no una conmemoración del nacimiento divino.

Sin embargo, hay causa suficiente para el santo gozo en el Señor mismo, y razones suficientes para el éxtasis en Su nacimiento entre los hombres. Es de temer que la mayor parte de los hombres imaginan que en Cristo sólo hay seriedad y solemnidad, y consecuentemente fatiga, tristeza y descontento. Por consiguiente buscan más allá de lo que Cristo permite: arrancan manjares de las mesas de Satanás, con los cuales adornan el banquete que se tiene en honor de un Salvador. Que no sea así entre ustedes. El gozo que proporciona el Evangelio no es prestado, sino que florece en su propio jardín. Podemos decir en verdad, con el lenguaje de uno de nuestros más dulces himnos—

***“No necesito salir en busca de gozo,
Tengo una fiesta en casa;
Mis suspiros ahora son canciones,
Mi corazón ya no anda errante.
Llegando de arriba, la Paloma Bendita
Ha venido a mi pecho,
Para testificar Su eterno amor,
Y dar descanso a mi espíritu.”***

Que nuestro gozo sea agua viva proveniente de aquellas fuentes sagradas que el Señor mismo ha excavado. Que su gozo habite en nosotros, para que sea pleno. Del gozo de Cristo no podemos poseer demasiado. No tememos excedernos cuando Su amor es el vino que bebemos. ¡Oh, estar sumergidos en esta corriente pura de deleites espirituales! ¿Pero por qué la venida de Cristo a este mundo es ocasión de gozo? La respuesta es como sigue: primero, *porque es por siempre un hecho gozoso que Dios esté en alianza con el hombre*, especialmente cuando la alianza es tan cercana que Dios toma en verdad nuestra humanidad en unión con Su divinidad; de manera que Dios y el hombre constituyen una divina y misteriosa persona.

El pecado había separado al hombre de Dios. Pero la encarnación tiene un puente en esa separación: es un prelude del sacrificio de expiación, y es un prelude lleno de la más rica esperanza. De aquí en adelante, cuando Dios mira al hombre, Él recuerda que Su propio Hijo es un hombre. A partir de este día, cuando Él observa al pecador, si Su ira arde, Él recordará que Su propio Hijo, como hombre, se puso en el lugar del pecador, y llevó la condenación del pecador. Como en el caso de una guerra la contienda se termina cuando las partes opuestas llegan a un acuerdo, así ya no hay más guerra entre Dios y el hombre, porque Dios ha tomado al hombre en íntima unión con Él mismo. Aquí, entonces, hubo una causa de gozo.

Pero hubo algo más que eso, porque los pastores estaban conscientes que *habían habido promesas desde antaño* que habían sido la esperanza y el consuelo de los creyentes de todos los tiempos, y esas *iban a ser cumplidas ahora*. Existía esa antigua promesa hecha en el umbral del Edén a los primeros pecadores de nuestra raza: que la simiente de la mujer heriría en la cabeza a la serpiente. Hubo otra promesa, hecha al padre de los fieles, que en su simiente serían benditas todas las naciones de la tierra, y

muchas promesas salidas de las bocas de los profetas y de los santos desde que comenzó el mundo.

Ahora, el anuncio del ángel del Señor a los pastores, fue una declaración de que el pacto había sido cumplido, que ahora en el cumplimiento del tiempo Dios redimiría Su Palabra, y el Mesías, que iba a ser la gloria de Israel y la esperanza del mundo, había venido realmente ahora.

Alégrese cielos, y alébrate, oh tierra, pues el Señor lo ha hecho, y en misericordia Él ha visitado a Su pueblo. Él Señor no ha permitido que Su palabra falle, sino que ha cumplido Sus promesas a Su pueblo. El tiempo para favorecer a Sión, sí, el tiempo fijado, ha llegado. ¡Ahora que el cetro se ha apartado de Judá, observen que viene Siloh, el Mensajero del pacto súbitamente aparece en Su templo!

Pero el cántico del ángel tenía, en sí, una razón más plena para el gozo. Pues nuestro Señor, que había nacido en Belén, vino como un *Salvador*. “Porque os ha nacido hoy un Salvador.” Dios había venido a la tierra antes, pero no como un Salvador. Recuerden esa terrible venida cuando fueron tres ángeles a Sodoma al anocheecer, pues el Señor dijo, “Descenderé ahora y veré si han hecho en todo conforme a su clamor, el cual ha llegado hasta mí.”

Él había venido como espía para ser testigo del pecado humano, y como un vengador para levantar Su mano al cielo y ordenar que el fuego encendido descendiera y quemara las ciudades malditas de la planicie. Horror para el mundo cuando Dios desciende así. Si el Sinaí humea cuando la ley es proclamada, la tierra misma se derretirá cuando las violaciones a la Ley sean castigadas. Pero ahora, Dios ha venido, no como un ángel de venganza sino como un hombre lleno de misericordia. No para espiar nuestro pecado, sino para quitarlo. No para castigar nuestra culpa, sino para perdonarla.

El Señor podría haber venido con rayos en ambas manos. Podría haber venido como Elías para traer fuego del cielo. Pero no, Sus manos están llenas de dones de amor, y Su presencia es la garantía de la gracia.

El bebé nacido en el pesebre podría haber sido otro profeta de lágrimas, u otro hijo del trueno, pero Él no fue así; Él vino en mansedumbre, Su gloria y Su trueno los hizo a un lado—

***“Era la misericordia la que llenaba el trono,
Y la ira permaneció silenciosa a un lado,
Cuando Cristo vino en Su bondadosa misión
De morir por los pecadores sentenciados.”***

Regocíjense, ustedes que se sienten perdidos. El Salvador de ustedes viene a buscarlos y a salvarlos. Tengan buen ánimo ustedes que están en prisión, porque Él viene a ponerlos en libertad. Ustedes que sufren de hambre y están a punto de morir, gócense porque Él ha consagrado un Belén para ustedes, una casa de pan, y Él ha venido para ser el pan de vida para sus almas. Regocíjense, oh pecadores, en todas partes, porque ha nacido el Restaurador de los perdidos, el Salvador de los caídos ha nacido. Únanse al gozo ustedes los santos, porque Él es el preservador de los

salvos, librándolos de innumerables peligros, y Él es el seguro perfeccionador de aquellos a quienes Él preserva.

Jesús no es un Salvador parcial, que comienza una obra y no la concluye; no, sino que restaurando y sosteniendo, Él también perfecciona y presenta a los salvos sin mancha ni arruga ni ninguna cosa parecida ante el trono de Su Padre. Regocíjense en voz alta todos los pueblos, que resuenen las colinas y los valles con gozo, porque un Salvador que es poderoso para salvar, ha nacido entre ustedes.

Y este no fue todo el júbilo santo, pues la siguiente palabra tiene también una plenitud de gozo, “un Salvador, que es *Cristo*,” o el Ungido. Nuestro Señor no era un Salvador aficionado que descendió del cielo en una misión que no había sido autorizada. Sino más bien, Él fue elegido, ordenado y ungido por Dios. Él podía decir verdaderamente, “el Espíritu del Señor está sobre Mí, porque el Señor me ha ungido.” Aquí hay gran consuelo para todos los que necesitan un Salvador. Para ellos no es un consuelo insignificante que Dios mismo haya autorizado a Cristo para salvar a los necesitados. No puede haber temor de una fisura entre el mediador y el juez, no hay peligro de la falta de aceptación de la obra de nuestro Salvador. Dios ha comisionado a Cristo para hacer lo que Él ha hecho, y, al salvar pecadores, Él tan sólo está ejecutando la propia voluntad de Su Padre.

Cristo es aquí llamado, “*el Ungido*.” Todo Su pueblo es ungido, y hubo sacerdotes según el orden de Aarón que fueron ungidos, pero Él es *el Ungido* por excelencia, “ungido con óleo de alegría más que a tus compañeros.” Tan abundantemente ungido que, como la unción en la cabeza de Aarón, la sagrada unción de la Cabeza de la iglesia se destila en copiosos torrentes, hasta que nosotros que somos como los faldones de sus vestiduras, somos dulcificados con el rico perfume. Él es “*el Ungido*” en un triple sentido: como Profeta para predicar el Evangelio con poder; como Sacerdote para ofrecer sacrificio; como Rey para regir y gobernar. En cada uno de estos oficios Él es preeminente. Él es tal Maestro, Sacerdote, y Gobernante como nunca se había visto antes. En Él hubo una rara conjunción de oficios gloriosos, porque jamás entre los hijos de los hombres se había reunido el oficio de profeta, sacerdote y rey en una persona, ni volverá a ocurrir.

Triple es la unción de Él que es: un Sacerdote según el orden de Melquisedec, un Profeta como Moisés, y un Rey cuyo dominio no tiene fin. En el nombre de Cristo, el Espíritu Santo es glorificado al ser visto cuando unge al Dios encarnado. En verdad, amados hermanos, si tan sólo entiéramos esto y lo recibiéramos en nuestros corazones, nuestras almas darían saltos de alegría en este domingo, al pensar que ha nacido entre nosotros un Salvador, quien es ungido del Señor.

Toquemos bien y oigamos bien una nota más, que es la más sonora: “que es Cristo *el Señor*.” Ahora bien, la palabra Señor, o *Kurios*, que es usada aquí, equivale a Jehová. No podemos dudar de eso, porque es la misma palabra que es usada dos veces en el versículo nueve, y en ese versículo nadie puede cuestionar que quiere decir Jehová.

Óiganlo, “Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor.” Y, si esto no es suficiente, lean el versículo veintitrés, “Como está escrito en la ley del *Señor*: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al *Señor*.” Ahora bien, la palabra Señor, aquí ciertamente se refiere a Jehová, el único Dios. Nuestro Salvador es Cristo, Dios, Jehová. Ningún testimonio de Su divinidad podría ser más claro; es indisputable. Y qué gozo hay en esto; pues supongamos que un ángel hubiera sido nuestro Salvador. Él no habría sido capaz de llevar la carga de mis pecados ni los de ustedes. O si algo menos que Dios se hubiera establecido como la base de nuestra salvación, se hubiera manifestado como un fundamento demasiado frágil.

Pero si Él que se encarga de salvarnos no es otro que el Infinito y el Todopoderoso, entonces la carga de nuestra culpa puede ser llevada por esos hombros. La tremenda tarea de nuestra salvación puede ser lograda por ese Obrero, y con mucha facilidad, pues todas las cosas son posibles para Dios, y Él es capaz de salvar totalmente a aquellos que vienen a Dios por Él. Hijos de los hombres, perciban aquí el tema de su gozo. El Dios que los creó, y a Quien han ofendido, ha descendido del Cielo y ha tomado sobre Sí la naturaleza de ustedes para poder salvarlos.

Él ha venido en la plenitud de Su gloria y en lo infinito de Su misericordia para redimirlos. ¿No le dan la bienvenida a esta noticia? ¡Cómo! ¿No estarán agradecidos sus corazones por esto? ¿Acaso este amor incomparable no despierta gratitud?

Si no fuera por este divino Salvador, la vida de ustedes aquí hubiera sido de infelicidad, y la existencia futura de ustedes habría sido una aflicción sin fin. Oh, yo ruego que ustedes adoren al Dios encarnado, y confíen en Él. Entonces bendecirán al Señor por librarlos de la ira venidera, y en la medida en que se aferren a Jesús y encuentren la salvación en Su nombre, entonarán canciones para Su alabanza, y se alegrarán con el gozo sagrado. Aquí concluyo lo concerniente a ese gozo.

II. Présteme atención mientras hablo brevemente de EL PUEBLO a quien le viene este gozo. Observen cómo comienza el ángel, “he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo; porque os ha nacido hoy.” Así, entonces, el gozo comenzó con los primeros que lo oyeron, los pastores. “Os,” dice el ángel, “porque os ha nacido.” Amado oyente, ¿comenzará hoy el gozo contigo? De poco beneficio será que Cristo haya nacido, o que Cristo haya muerto, a menos que para *ti* haya nacido un niño, y que por *ti* haya derramado Su sangre. Un interés personal es el punto principal. “Pero soy pobre,” dice alguien. Así lo eran los pastores. Oh, ustedes los pobres, por ustedes nació este misterioso niño.

“A los pobres se les anuncia el evangelio.” “Haga él justicia a los afligidos del pueblo, salve a los hijos de los pobres, y aplaste al opresor.” “Pero soy insignificante y desconocido,” dice alguien. Así eran los vigilantes en la llanura de medianoche. ¿Quién conocía a los hombres que soportaban un trabajo agotador y custodiaban sus rebaños en las noches? Pero ustedes, desconocidos de los hombres, son conocidos por Dios, ¿no se dirá, que, “os ha nacido un niño”?

El Señor no toma en cuenta la grandeza de los hombres, pero sí tiene respeto por los humildes. Pero ustedes son analfabetas, dicen ustedes, y no pueden entender mucho. Aunque así sea, Cristo nació para los pastores, y su sencillez no les impidió que lo recibieran, sino que más bien les ayudó. Que así sea contigo: recibe gustosamente la sencilla verdad que está en Jesús. El Señor ha exaltado a alguien escogido del pueblo. No es un Cristo aristocrático el que tengo que predicarles, sino al Salvador del pueblo, el amigo de publicanos y pecadores.

Jesús es el verdadero “amigo de los pobres.” Él ha sido puesto “por pacto al pueblo,” dado para ser “por jefe y por maestro a las naciones.” A ustedes se les ha dado Jesús. Oh, que cada corazón pudiera en verdad decir, para mí ha nacido Jesús. Pues si yo en verdad creo en Jesús, para mí ha nacido Cristo, y puedo estar tan seguro de ello como si un ángel lo anunciara, pues la Escritura me dice que, si yo creo en Jesús, Él es mío.

Después que el ángel dijo “os traigo,” continuó diciendo, “que serán para *todos los pueblos.*” Pero nuestra traducción no es precisa (hace referencia a la Versión King James). El griego dice, “que serán para *todo el pueblo.*” Esto se refiere con certeza a toda la nación judía; no hay duda al respecto. Si alguien va al original no encontrará una expresión tan amplia y comprensiva como la que nos es dada por los traductores. Se debe traducir “para *todo el pueblo.*” ¡Por cuánto tiempo y cuán pecaminosamente ha despreciado la iglesia cristiana a la más honorable entre todas las naciones! ¡Cuán bárbaramente ha sido tratado Israel por la así llamada iglesia! Sentí que mi espíritu hervía de indignación en Roma cuando estuve en el barrio judío y escuché las crueles indignidades que los Papas ha amontonado sobre los judíos, aún en tiempos recientes. En nuestra época todavía hay una iglesia que está construida justo enfrente de la entrada del barrio judío, y allí eran forzados a entrar en ciertas ocasiones los infelices judíos. A esa iglesia eran obligados a afiliarse, observen, a afiliarse, ellos que adoran al único Dios invisible, para apoyar un sistema que está tan leproso de idolatría como lo estaban los cananeos a quienes aborrecía el Señor.

El paganismo no es más degradante que el catolicismo romano. En la puerta de esta iglesia están colocadas, en su propia lengua, en hebreo, estas palabras. “Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor.”

¿Cómo, por medio de un insulto tal, pueden esperar convertir al judío? El judío observó por todos lados ídolos que su alma aborrecía y detestaba el nombre de Cristo, porque lo asociaba con la adoración a los ídolos, y no me sorprende que lo haya hecho así. Alabo al judío que no podía renunciar a su propio teísmo simple, ni a la adoración del verdadero Dios, por una superstición tan baja y degradante como era la que Roma le presentaba.

En lugar de pensar que es una maravilla de incredulidad que el judío no sea cristiano, lo honro por su fe y su brava resistencia a un paganismo fascinante. Si el catolicismo romano es cristianismo, yo no soy, ni podría ser, un cristiano. Sería algo más valiente ser un simple creyente en un

único Dios, o aun ser alguien que duda honestamente de todas las religiones, que adorar a tales multitudes de dioses y diosas que han establecido los Papas, e inclinarse como esa iglesia lo hace, ante huesos podridos y sudarios.

Que la verdadera iglesia cristiana piense con amor en el judío, y con denuedo respetuoso le diga el verdadero Evangelio. Que barra la superstición, y ponga ante él al único Dios misericordioso en la Trinidad de Su divina Unidad. Y el día vendrá cuando los judíos, que fueron los primeros apóstoles para los gentiles, los primeros misioneros que fueron lejos, serán reunidos de nuevo. En tanto que eso no suceda, la plenitud de la gloria de la iglesia nunca podrá darse.

Beneficios incomparables para el mundo están unidos con la restauración de Israel. Su reunión será como vida salida de la muerte. Jesús el Salvador, es el gozo de todas las naciones, pero que no se le niegue a la raza escogida su porción peculiar de cualquier promesa que la Sagrada Escritura ha registrado con una consideración especial para ellos. Los infortunios que sus pecados les trajeron han caído sobre ellos duro y tupido. Pero aún así que las bendiciones más abundantes se destilen sobre ellos.

Aunque nuestra traducción no es correcta literalmente, ella sin embargo, expresa una gran verdad, que se enseña claramente en el contexto. Y, por consiguiente, daremos un paso más. La venida de Cristo es una alegría para *todos* los pueblos. Y así es, pues el versículo catorce dice, “Y en la tierra paz,” la cual es una expresión amplia y hasta ilimitada. Agrega, “paz entre los” -no dice judíos sino- “hombres” -todos los hombres. La palabra es el nombre genérico de la raza entera, y no hay duda que la venida de Cristo trae alegría a todo tipo de personas.

Trae una medida de gozo inclusive a aquellos que no son cristianos. Cristo no los bendice en el sentido más elevado y verdadero, pero la influencia de Su enseñanza imparte beneficios de un tipo inferior, tales como son capaces de recibir. Porque dondequiera que el Evangelio es proclamado, no es pequeña la bendición para todo el pueblo. Observen este hecho, no hay país bajo el sol en donde esté una Biblia abierta y un Evangelio predicado, donde un tirano pueda sostenerse por largo tiempo en su lugar. No importa quién sea, papa o rey. Que el púlpito se utilice adecuadamente para la predicación de Cristo crucificado, que la Biblia sea abierta por todos los hombres, y no habrá tirano que gobierne en paz por mucho tiempo.

Inglaterra debe su libertad a la Biblia. Y Francia nunca poseerá libertad perdurable y bien establecida, hasta que llegue a reverenciar el Evangelio que durante demasiado tiempo ha rechazado. Hay gozo para toda la humanidad, allí donde Cristo viene. La religión de Jesús hace pensar a los hombres, y hacer pensar a los hombres es siempre peligroso para el poder de un déspota. La religión de Jesús libera de superstición al hombre. Cuando él cree en Jesús, ¿qué le preocupan las excomuniones papales, o si los sacerdotes dan o retienen su absolución? Ese hombre no se acobarda ni se doblega. Ya no está dispuesto a ser conducido de la nariz, como

bestia, sino que al aprender a pensar por sí mismo y convertirse en hombre, desdeña los temores infantiles que alguna vez lo tuvieron en la esclavitud.

Por consiguiente, donde viene Jesús, aun si los hombres no lo reciben como el Salvador, y con ello se pierden del gozo más pleno, sin embargo obtienen una medida de beneficio. Y ruego a Dios que por todas partes así sea proclamado Su Evangelio, y que muchos puedan ser movidos por el espíritu de ese Evangelio para que sea lo mejor para la humanidad. Si los hombres reciben a Cristo ya no habrá más opresión; el verdadero cristiano trata a otros como él quisiera que ellos lo trataran a él, y ya no hay más enfrentamiento de clases, ni se trituran los rostros de los pobres.

La esclavitud debe derrumbarse donde gobierna el cristianismo, y observen, si alguna vez el catolicismo romano es destruido, y el cristianismo puro llega a gobernar a todas las naciones, la guerra misma debería llegar a un fin. Pues si hay algo que este Libro denuncia y considera como el más grande de todos los crímenes, es el crimen de la guerra.

Guarda tu espada en su vaina, pues, ¿no ha dicho Él, “No matarás,”? y Él no quiso decir que era pecado matar a uno, pero que era gloria matar a un millón; Él quiso decir que derramar sangre en la escala más pequeña o más grande era pecado. Que gobierne Cristo, y los hombres romperán el arco y harán pedazos la lanza, y quemarán el carro de combate en el fuego. Es gozo para todas las naciones que Cristo es nacido, el Príncipe de la Paz, el Rey que gobierna en justicia. Pero, amados hermanos, el gozo más grande es para quienes conocen a Cristo *como un Salvador*. Aquí el canto se eleva a una nota mayor y más sublime. Ciertamente nos ha nacido un Niño, si podemos decir que Él es nuestro “Salvador, que es CRISTO el Señor.”

Déjenme hacerles a cada uno de ustedes unas cuantas preguntas personales. ¿Han sido perdonados sus pecados por causa de Su nombre? ¿Ha sido herida la cabeza de la serpiente en el alma de ustedes? ¿Reina con poder santificador la simiente de la mujer en la naturaleza de ustedes? Oh, entonces, ustedes tienen el gozo que es para todos en su verdadera forma y, queridos hermanos, entre más se sometan a Cristo el Señor, y más plenamente lo conozcan y sean semejantes a Él, la felicidad de ustedes será más plena.

Hay un gozo superficial para quienes viven donde se predica el Salvador. Pero las grandes profundidades, las grandes profundidades insondables de gozo solemne que brillan y relucen con deleite son para los que *conocen* al Salvador, *obedecen* al Ungido, y tienen *comuni6n* con el propio Señor.

El hombre más gozoso es el hombre más cercano a Cristo. Yo quisiera que algunos cristianos fueran cristianos más verdaderos, pues son cristianos y algo más. Sería mucho mejor si fueran solamente cristianos.

Tal vez ustedes conozcan la leyenda, o, tal vez la historia auténtica del despertar de San Agustín. Soñó que se moría e iba a las puertas del cielo, y el guardián de la puerta le preguntó, ¿quién eres tú? Él respondió, “*Christianus sum*,” soy un cristiano. Pero el portero replicó, “no, no eres

cristiano, eres un ciceroniano, porque tus pensamientos y estudios fueron fundamentalmente dirigidos hacia los trabajos de Cicerón y los clásicos, y desatendiste la enseñanza de Jesús. Aquí juzgamos a los hombres por lo que más absorbió sus pensamientos, y eres juzgado como que no eres cristiano, sino ciceroniano.”

Cuando despertó Agustín, hizo a un lado a los clásicos que había estudiado, y la elocuencia a la que aspiraba, y dijo, “seré un cristiano y un teólogo.” Y desde ese momento dedicó sus pensamientos a la Palabra de Dios, y su pluma y su lengua a la instrucción de otros en la verdad.

Oh, no quisiera yo que se dijera de alguno de ustedes: “bien, puede ser más o menos un cristiano, pero es con mucho, un comerciante dedicado a hacer dinero.” Yo no quisiera que se dijera de alguno de ustedes: “bien, tal vez él es un cristiano, pero es mucho mejor político.” “Tal vez es un cristiano, pero se siente más a gusto cuando habla de ciencia, agricultura, ingeniería, caballos, minería, navegación, o viajes de placer.”

No, no, nunca conocerán la plenitud del gozo que Jesús trae al alma a menos que bajo el poder del Espíritu Santo, ustedes tomen al Señor como su Todo en todo, y lo hagan la fuente de su deleite más intenso. “Él es mi Salvador, mi Cristo, mi Señor” que sea esto de lo que más se gloríen. Entonces conocerán el gozo que el cántico del ángel les predice a los hombres.

III. Pero debo seguir adelante. Lo último en el texto es LA SEÑAL. Los pastores no pidieron una señal, pero se les dio gratuitamente una. Algunas veces es pecaminoso que nosotros solicitemos como una evidencia, lo que la ternura de Dios considera dar como una ayuda para la fe. La incredulidad obstinada no recibirá señal, pero la fe débil tendrá ayuda compasiva.

La señal de que el gozo del mundo había venido fue esta: debían ir al pesebre para hallar al Cristo en él, y Él iba a ser la señal. Cada circunstancia es por consiguiente instructiva. El bebé fue hallado “envuelto en pañales.” Ahora observen, al mirar a este infante, que no existe aquí ni la más remota apariencia de *poder temporal*. Observen los débiles bracitos de un bebé que debe ser cargado.

Ay, las naciones de la tierra buscan el gozo en el poder militar. ¿Por qué medios podemos hacer una nación de soldados? El método prusiano es admirable. Debemos tener millares y millares de hombres armados y grandes cañones y buques acorazados para matar y destruir al por mayor. ¿Acaso no es el orgullo de una nación ser gigante en armas?

¡Qué orgullo sonroja las mejillas del patriota cuando recuerda que su nación puede asesinar más rápido que cualquier otra! Ah, insensata generación, están buscando a tientas en las llamas del infierno para encontrar su cielo, rastrillando entre la sangre y los huesos buscando la cosa inmundada que ustedes llaman gloria.

El gozo de una nación nunca puede descansar en la desdicha de otros. El asesinato no es la senda a la prosperidad, los armamentos inmensos son una maldición para la propia nación, así como para sus vecinos. El gozo de una nación es una arena dorada la cual nunca ha sido empapada

por un arroyo de sangre. Sólo se encuentra en ese río cuyas corrientes alegran la ciudad de Dios. La debilidad de la ternura sumisa es poder verdadero.

Jesús funda Su imperio eterno no en la fuerza sino en el amor. Aquí, todos ustedes, vean su esperanza. El apacible Príncipe pacífico, cuya gloria es Su propio sacrificio, es nuestro verdadero benefactor. Pero miren de nuevo, y no observarán *ninguna pompa* que los deslumbré. ¿Acaso está envuelto el niño en púrpura y lino fino? Ah, no. ¿Duerme en una cuna de oro? Únicamente el pesebre es Su refugio. El bebé no tiene una corona en Su cabeza, ni una diadema rodea la frente de la madre. Una joven sencilla de Galilea, y un niño pequeño envuelto en pañales ordinarios, es todo lo que ustedes ven—

***“No te protejas en cortesano techo,
Ni en el soleado salón del poder,
Pasa rápido ante Babel, y busca la tierra sagrada.
De los ropajes de púrpura de Tiro
Aparta tus ojos sin que se deslumbren y dirígelos
Al prado de Belén, y permanece junto al pesebre.*”**

Ay, las naciones son deslumbradas por un espectáculo vano. La pompa de los imperios, los desfiles de los reyes son su deleite. Cómo pueden admirar esas ostentosas cortes en las que muy a menudo las gloriosas vestimentas, las decoraciones y los rangos sociales sustituyen a la virtud, la castidad, y la verdad de Dios. ¿Cuándo cesará la gente de ser tan añañada?

¿Anhelen siempre ardientemente esa música marcial que estimula la violencia, y se deleitarán en gastos derrochadores que los cargan de impuestos? Estas cosas no hacen a una nación grande o gozosa. ¡Bah! Cómo se ha roto la burbuja en aquel mar angosto. Un imperio de burbuja se ha colapsado. Diez mil bayonetas y millones en oro resultaron ser una cimentación de arena para un trono de Babel. Vanos son los hombres que buscan gozo en la pompa. El gozo se encuentra en la verdad y en la justicia, en la paz y en la salvación, de todo lo cual aquel recién nacido, Príncipe en ropas de un niño campesino, es el símbolo verdadero.

Tampoco se podían ver *riquezas* en Belén. Aquí en esta quieta isla, las masas buscan confortablemente sus miles de pesos por medio del comercio y las fábricas. Somos personas sensatas que seguimos la mayor oportunidad y no nos dejamos engañar por ideas de gloria. Estamos haciendo todo el dinero que podemos, y nos maravillamos que otras naciones desperdicien tanto en la guerra. El pilar principal y la motivación del gozo de Inglaterra se debe encontrar, como algunos nos dicen, en los porcentajes de rendimiento, en la posesión de colonias, en el desarrollo de la maquinaria, y en incrementar regularmente nuestro capital.

¿No es Mamón una deidad sonriente? Pero aquí, en la cuna de la esperanza del mundo en Belén, veo mucho más pobreza que riqueza. No percibo los destellos del oro, ni los adornos brillantes de la plata. Sólo percibo a un bebé pobre, tan pobre, verdaderamente tan pobre, que Él fue colocado en un pesebre. Y su madre es la esposa de un obrero, una mujer que no usa ni seda ni joyas. No será en su oro, oh, ingleses, donde descansen

su gozo jamás, sino en el Evangelio disfrutado por todas las clases. El Evangelio predicado gratuitamente y recibido con gozo. Jesús, al elevarnos a la riqueza espiritual, nos redime de las cadenas de Mamón, y en esa libertad nos da gozo.

Y aquí, tampoco, veo *superstición*. Sé que el artista pinta ángeles en los cielos, y rodea a la escena con una luz misteriosa, de la cual una tradición de falsedad ha dicho que hizo que la medianoche fuera tan brillante como el mediodía. Esto es meramente una ficción. No hubo allí nada más que un establo, la paja que comía el buey, y tal vez las propias bestias, y el niño envuelto como cualquier otro niño, de la manera más sencilla y más simple. Los querubines eran invisibles y no había aureolas. Alrededor de este nacimiento de gozo no hubo señal de superstición: ese demonio no se atrevió a introducir sus trucos ni sus fingimientos en el espectáculo sublime, habría estado allí tan fuera de lugar como un arlequín en el santo de los santos.

Un Evangelio sencillo, un Evangelio claro, tan claro como ese niño envuelto en los vestidos más comunes, es este día la única esperanza de los hombres. Sean sabios y crean en Jesús, y aborrezcan todas las mentiras de Roma, y las invenciones de aquellos que imitan sus abominaciones detestables.

Tampoco descansa el gozo del mundo en la filosofía. No podrían haber hecho de Belén un enigma de hombres doctos aunque lo hubieran intentado. Sólo se trataba de un niño en el pesebre y de una mujer judía cuidándolo y alimentándolo, y un carpintero junto a ella. No había allí ninguna dificultad metafísica, de la que los hombres pudieran decir: “se necesita de un doctor en teología para explicarlo, y una asamblea de teólogos debe exponerlo.”

Es verdad que los magos llegaron allí, pero sólo para adorarlo y ofrecer regalos; oh, que todos los hombres sabios fueran tan sabios como ellos. Ay, la sutileza humana ha disputado acerca del pesebre, y la lógica ha oscurecido el consejo con sus palabras. Pero esta es una de las muchas invenciones del hombre, la obra de Dios fue sublimemente simple. Aquí es, “el Verbo fue hecho carne,” para habitar entre nosotros, un misterio para la fe, pero no un tema para debatir. Un tema misterioso, y, sin embargo, la más grande simplicidad jamás hablada a los oídos humanos, y vista por ojos mortales. Y así es el Evangelio, que cuando lo predicaba el Apóstol decía, “usamos de mucha franqueza.”

Márchense lejos, lejos, lejos con sus sermones eruditos, y su fina conversación, y sus pretenciosas filosofías. Éstas nunca crearon ni un ápice de alegría en este mundo. Las teorías finamente tejidas son agradables para contemplarlas, y confundir a los insensatos, pero no son de utilidad para los hombres prácticos. No consuelan a los hijos del trabajo agotador, ni alegran a las hijas del dolor. El hombre de sentido común que siente la rutina y el desgaste diario de este pobre mundo, necesita un consuelo más rico que lo que las nuevas teologías, o neologías, puedan darle.

En un Cristo simple, y en una fe simple en ese Cristo, hay una paz profunda y duradera. En un sencillo Evangelio para el hombre pobre, hay un

gozo y una felicidad inexpresables, de la cual miles pueden hablar, y hablar con confianza, también, porque declaran lo que ciertamente saben, y testifican lo que han visto.

Yo les digo entonces a ustedes, que quisieran conocer la única paz verdadera y el gozo perdurable, vengan al bebé de Belén, en días posteriores el Varón de Dolores, el Sacrificio sustitutivo para los pecadores. Vengan, ustedes niños, muchachos y muchachas, vengan. Pues Él también fue un muchacho. “El santo niño Jesús” es el Salvador de los niños, y aun dice todavía, “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis.” Vengan aquí, jovencitas, ustedes que todavía están en la alborada de su belleza, y, como María, regocíjense en Dios su Salvador. La virgen lo llevó a Él en su seno; así vengan y llévenlo en sus corazones, diciendo, “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado.”

Y ustedes, ustedes hombres en la plenitud de su vigor, recuerden cómo José cuidó de Él, y vigiló con solicitud reverente sus tiernos años. Sean ustedes para Su causa como un padre y protector. Santifiquen el vigor de ustedes para Su servicio. Y ustedes mujeres, avanzadas en años, ustedes matronas y viudas, vengan como Ana y bendigan al Señor porque han visto la salvación de Israel. Y ustedes que peinan cabellos canos, que como Simeón están listos para partir, vengan y tomen al Salvador en sus brazos, adorándolo como el Salvador de ustedes y el todo de ustedes. Ustedes pastores, de corazón sencillo, que trabajan duro por el pan diario, vengan y adoren al Salvador. Y no se queden atrás ustedes los sabios, que saben por experiencia y quienes por la meditación contemplan la verdad profunda, vengan y como los magos del Oriente inclínense profundamente ante Su presencia, y hagan que su honor consista en rendir honor a Cristo el Señor.

En lo que a mí respecta, el Dios encarnado es toda mi esperanza y mi confianza. He visto la religión del mundo allí donde está su manantial, y mi corazón se ha enfermado dentro de mí. Regreso a predicar, con la ayuda de Dios, aún más seriamente el Evangelio, el Evangelio sencillo del Hijo del Hombre. ¡Jesús, Señor, te tomo para que seas mío para siempre! Que todos en esta casa, por medio de la rica gracia de Dios, sean conducidos a hacer lo mismo, y que todos ellos sean Tuyos, grandioso Hijo de Dios, en el día de Tu venida, por causa de Tu amor. Amén

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1026 – Volumen 17

Joy Born at Bethlehem